

José Luis Puerto, Memoria del jardín (Antología poética) (1977-203), Salamanca, Diputación de Salamanca, 2006, 214 pp.

Una antología compensada y racional permite meridianamente ver el peso de una obra poética, los pasos que ha ido dando en el tiempo, la orientación que ha ido tomando en pos de un destino, una idea y una forma. Y cuál es su lugar en la poesía de su tiempo y en la poesía de todos los tiempos. Ello se hace evidente en el caso de José Luis Puerto (*La Alberca*, 1953), con esta pulcra edición, cuya limpieza y nitidez tan bien casan con su poesía, echa de claras palabras, símbolos bien perfilados y una voluntad de pureza.

En su primer libro, *El tiempo que nos teje* (1982), los poemas breves rezuman temporalidad y, aunque, el estilo no aparece bien definido, pues abundan los tanteos, los ecos de otras voces, ya se puede hablar de una niebla simbolista en su poesía: "Inventaría una ciudad de sueño / en la que ardieran los atardeceres / por los marchitos ojos / del transeúnte que acaricia sombras. / Inventaría yo la sed de nuevo / para acercarme al agua del copioso / torrente de la vida / y beber en su cauce que no sacia".

El siguiente, *Un jardín al olvido* (1987), marca ya el territorio de lo que será la poesía del autor.

Personifica el tiempo, lo hace vivencia y memoria íntima, pues en él la infancia se recuerda y se añora, y se lamenta su pérdida. Será la constante de su poesía, como muy bien ha querido dejar fijado en esta antología, cuyo título repite la palabra clave "jardín", precedida de otra palabra fundante de su canto, "memoria". El poema póstico, "Un jardín al olvido", está, como corresponde a su papel de introducción y emblema, lleno de claves. Habla en él de "un jardín sin tiempo, sin dolor, sin memoria". Es una alegoría abarcadora de la infancia, de la que el yo infantil guarda los recuerdos más puros y felices. La infancia -"la única patria del hombre", que dijo Rilke- es, sin más, el paraíso perdido. Hay muchos otros poemas evocativos de lugares y personas de su infancia rural. Todo lo impregna la melancolía.

La recreación del tiempo ya ido cristaliza, sobre todo, en sinestesias. El mentado poema comienza así: "Era un tiempo de brezos con aromas de esquilas / y un rumor amarillo del heno en los sobrados". La claridad léxica y argumentativa define ya lo que será el estilo de su autor. Cierta discurrir elemental y algunos resabios sentimentales de

este libro, se irán limando en los siguientes hasta alcanzar la limpidez y la justeza que caracteriza sus mejores poemas.

En Paisaje de invierno (1993) es la mirada lo que centra temáticamente el libro: entrar en la quietud de lo que se ofrece a la contemplación - paisajes, cuadros...-, ganar en su serenidad la vida pura. El color blanco o sus mezclas destacan sobremanera en esta invocación a la pureza. Mirar con amor lo contemplado supone traspasar a la propia vida esa quietud que su latencia trasciende. Por ejemplo, "Toledo en la tormenta (El Greco)", que se cierra así: "Está en nosotros, en nuestras estancias, / ese espacio tormenta, / ese vértigo oscuro, vertical, / que iluminan las alas de la luz / de azul, de plata y verde." La mirada exterior, morosamente desplegada, acaba replegándose en mirada interior. Así, todo signo real se convierte en símbolo al interiorizarse, al recrearle en su esencia y fundirse con él.

Y junto a la mirada, el nombrar. No habría si no poesía si no se tradujese la sensación o el sentido de lo visto. En Puerto el nombrar se torna a veces sortilegio. Sus descripciones son detalladas, frugales (escasas metáforas y muy claras, nada arriesgadas), enumerativas, y se recogen al final con una reflexión sucinta o la ya aludida trasposición a la propia vida.

En Estelas (1995) vuelve la melancolía por el paso del tiempo,

por el sentimiento de pérdida que arrostra la vida humana. Las "estelas" son los recuerdos que perduran ubicados en un lugar y un tiempo: el espacio natal y la niñez. En aquellos lugares, en aquellas cosas permanecen las horas gozosas de la vida inocente. Léase "El cerezo", buen ejemplo de evocación de un mundo trasoñado: "Te alejas. El cerezo conserva tu canción, / la guarda en su matriz, ya no te pertenece". No se recupera el tiempo físico, pero en la memoria perdura, se hace vívido de alguna forma, es como una pequeña luz que palpita: "Mientras germine mayo / y ofrezca sus cerezas al llegar el estío / en ti renacerá / una savia secreta / que siempre te acompaña".

Hay poemas no sólo de añoranza, también de celebración. Busca en la realidad signos de la vida callada y plena con los que cotejar el propio ser, como buscando en su "estar ahí" -algo muy rilkeano- una purificación y una serenidad que al hombre le falta. En "El pez", "Contemplación de mayo" o "Visión de Apocalipsis" el poeta vibra ante la belleza y verdad de lo contemplado.

Hay reiteraciones léxicas como aceptación, quietud, ofrenda, entrega, comunión, salvación, cántico, plenitud... que acumulan un sentido evidente: un trasvase dar-recibir entre la creación y el hombre. Y no son menos singulares las deixis, los conativos, los

mostrativos: “ved”, “fijaos”... o el “nosotros” integrador (yo y lectores).

En Señales (1997) los poemas son más breves, concentrados y de escueto decir. En varios se recoge meridianamente la poética. Por ejemplo: “Como liba la abeja entre las flores / hazlo tú en las señales / de lo que se te manifiesta. / Atiende lo pequeño, / lo no atendido. Canta su rumor. / Dales palabras. Que se escuche / otra distinta música”. Es otra forma de insistir en lo mismo de siempre. Se acude una vez más al ámbito de la infancia como consuelo o amparo ante el dolor de haber perdido su paraíso: se evocan las palabras de ese mundo como un sortilegio letánico, bizmador, pues ellas conservan la sacralidad de aquel universo. Naturalmente son aquellas que aluden al origen -los seres queridos, la casa, los primeros rituales...-, donde están las raíces, el pilar o eje del mundo.

Hay una mística de lo pequeño y lo humilde y se nombra para entrar en comunión con ello. Es algo que viene de antes, pero ahora se define más claro. Así el poeta busca sentirse a salvo, y su ascesis va en pos de la claridad y el sentido sagrado que la vida tiene y que, sin

embargo, con tanta frecuencia se oculta en la pasión y la ceguera humanas, que reniegan de la pureza del mundo.

Básicamente este es el orbe poético de José Luis Puerto, que redundará en sus dos libros posteriores. En Las sílabas del mundo (1999) vuelven los poemas largos, en De la intemperie (2004) de nuevo se acoge a la brevedad; pero siempre los mismos motivos, el mismo canto de comunión con la materia y celebración de lo que al hombre le ofrecen las pequeñas cosas, con su compañía diaria y su humilde belleza. Y, de vez en cuando, la vuelta a las raíces, al tiempo de la pureza infantil y de la revelación del mundo como una imagen limpia e inmarcesible, aun en la pobreza rural y el sacrificio.

Hay un poema del primero de los libros antes aludidos que explica su poesía limpiamente simbolista: “Territorio” es la parábola del hombre que bosqueja en sus versos: el que marcha -“homo viator”- hacia el misterio entre el amor y el dolor. Poesía emocionada que, como Luis Rosales, la luz del corazón lleva por guía.

César Augusto Ayuso